

RODO: EL MAESTRO

Se confiere a Rodó el título de Maestro de la Juventud latino-americana. Examinemos este título.

Un Maestro —escrito así, con mayúscula— es aquel que enseña una doctrina filosófica o social propia, o bien aquel que, por la prédica o por el ejemplo, educa las conciencias nuevas, preparándolas para la acción. No habiendo enseñado Rodó doctrina propia, no se encuentra en el primer caso. Veamos si se encuentra en el segundo.

El fin de todo magisterio ético es formar hombres capaces de actuar en el mundo de acuerdo con las normas superiores de la conciencia. El mejor Maestro y la más fecunda enseñanza serán aquellas que en mayor grado realicen en el hombre y en el mundo las cualidades ideales a que se aspira. Este magisterio de la juventud requiere pues, para ser efectivo, unir al concepto intelectual la energía hábil que trabaja la materia y la forma obediente a las normas ideales. Así considerado, Rodó es absolutamente estéril. Puede ser un profesor de idealismos, pero no es un profesor de energía. Carece de la virtud dinámica que hace trascendente en la acción la prédica ideal. Los conceptos éticos que informan su obra son de una vaguedad tan incorpórea que, a menudo su discurso suena a vacuidad retórica. En muchas de sus páginas las ideas no son más que palabras, bellas palabras si se quiere, pero no más. Su prédica se cierra siempre, en la región aérea de los conceptos abstractos y de las bellas frases, sin tocar nunca el suelo áspero de la realidad, donde la vida humana sufre, quiere, se debate y se esfuerza. Las ideas, en Rodó, contemplan el paso multiforme de la vida, erguidas como blancas estatuas al borde del camino, con sus ojos fríos y su bello gesto perenne.

¿Qué respuesta concreta ha dado Rodó a los problemas de la conciencia y de la vida contemporáneas, que pueda ser

tenida como el evangelio de la juventud americana? ¿Qué rumbos ciertos ha trazado a la acción de las nuevas generaciones, en medio de esta complejidad de influencias y de elementos de nuestras sociedades? ¿Qué pragmáticas ha indicado a los pueblos nuevos de este Continente, que les sirva para hacerse fuertes, para crear su riqueza, para domar los elementos díscolos, para purgarse de los malos resabios, para resolver los problemas de su organización, para conquistar la autonomía de su cultura? Esta América nueva, crisol de todas las razas, vivero de todas las ideas, libre y cosmopolita, inquieta y confusa, ¿puede encontrar en "Ariel" el numen y la norma de sus destinos?

No, Rodó no ha influido ni influirá en la vida de los hombres. La juventud de América no sigue sus caminos, aunque muchos repitan sus palabras. Y es que Rodó no abrió ni indicó caminos para la acción. La vida, amarga y compleja requiere pujantes forzadores; no se plasma sino bajo la presión del brazo robusto. Los jóvenes que llevan en los labios las palabras solemnes de "Ariel", no están armados para la acción. Rodó ha dado a la juventud bellas palabras pero ha dejado inerte su brazo frente a la vida.

No es difícil predicar la virtud, el desinterés, la perseverancia, la ecuanimidad, el equilibrio, la gracia..., en párrafos cincelados, desde una cátedra serena. Lo difícil es saber y demostrar cómo se realizan esas cosas en la áspera y complicada realidad de la vida. El magisterio de las conciencias no consiste en decir bellas palabras, sino en suscitar bellas realizaciones.

El arielismo de Rodó no produce más que galanos declamadores del ideal, de la belleza, de la armonía, de la virtud; pero no suscitará ni un solo hombre mejor, ni será factor de una sola mejora social.

Entre la prédica de Rodó y la vida real no hay relación alguna; por eso su idealismo es estéril. Su arielismo no tiene

brazos ni piernas, por eso no anda ni labora. Es un ente paralítico, con cabeza de dios griego.

Para ser maestro de hombres, le faltaba a Rodó una cualidad imprescindible: conocer a los hombres. Rodó era una mentalidad de gabinete, de aula, de libros. Sus conceptos de la vida y de los hombres los había extraído totalmente de sus libros de estudio. En el plano ideal y abstracto de las ideas, habíase así formado su noción de un hombre abstracto y convencional. Ignoraba al hombre real, vivo, en acción; y sobre todo al hombre moderno, tan complicado, tan diverso, tan multiforme. Su modelo clásico de hombre —modelo convencional— difería, como una estatua difiere de un hombre —del hombre real y cotidiano, relativo, contingente, determinado por mil factores, influido por mil agentes.

Rodó no experimentó ni observó la vida humana. La miraba desde su biblioteca, a través de sus libros; y pasaba entre la multitud, —como uno de sus personajes— envuelto en su "ensimismamiento reflexivo". La vida real fue siempre para él una cosa lejana, cuyo rumor confuso y cuyo vaho carnal, subían hasta el ambiente sereno de su estudio, donde él burilaba cuidadosamente sus párrafos sobre las Virtudes.

Rodó estaba pues, muy lejos de ser un psicólogo. Y, quien no es psicólogo, es decir, quien no conoce las profundidades oscuras y los resortes íntimos de la conciencia humana, los tortuosos y espinosos caminos por donde van hacia sus destinos las cosas de este mundo, no puede influir en el hombre ni en las cosas.

La psicología, el conocimiento directo y experimental del fenómeno humano, es la base de toda ciencia social y moral, como así mismo de toda estética. Puede decirse que la filosofía, por entero, está hoy colocada en el plano de la psicología; y hasta la propia metafísica, dejó de ser una mera abstracción racional, desde que Kant la puso en

el plano psicológico, que no otra cosa implica el problema del conocimiento. Las más modernas escuelas filosóficas giran sobre este problema. Psicólogos son William James y Bergson y escuelas psicológicas son el Pragmatismo del uno, y el Intuicionismo del otro.

Tratándose de un profesor de ética, de un educador de juventudes, como quiere ser Rodó, esa falta invalida toda su obra. Rodó no llega a las conciencias. Ha hecho literatura, nada más.

Rodó trata del hombre abstracto —ente convencional— dirigiéndose a un auditorio de hombres igualmente abstractos y convencionales: ¡El mago Próspero, forjando con engañosas imágenes una de sus fantasmagorías! Sólo que, —hagámoslo constar aquí— El Próspero original, el de Shakespeare, buen conocedor del hombre, se sirve de Calibán, a quien domina con su ciencia mágica. Rodó no ha comprendido el secreto de Calibán, y lo excluye. Error fundamental, porque Ariel solo, es como una cabeza sin cuerpo. Ariel necesita de Calibán. Calibán es la materia; y, de materia estamos hechos, y en la materia obramos. Así, cuando el arielismo de Rodó se encuentra frente con el hombre real, vivo y en acción, ambos se miran como a través de un cristal, sin tocarse...

Las ideas no sólo han de tener bello el rostro. Es preciso que tengan también piernas firmes y brazos de luchador. Sino no marchan ni obran: son ideas de vitrina; sirven, a lo más, para decorar las veladas de los Ateneos.

El arielismo que estiliza Rodó es un fantasma mental, forjado en la tibieza benedictina de su biblioteca y alimentado con lecturas selectas, que se desvanece en cuanto baja a la calle, donde la vida real circula, múltiple y poderosa, arrastrando en su corriente fecunda, el oro y el limo, los gérmenes y los detritus.

Y, las ideas, para que empiecen a vivir y a marchar en-

tre los hombres, y a ejercer su acción evolutiva sobre las cosas, es menester —¡oh, "Ariel"!— que salgan a la calle.

El Día, Edición de la Tarde, sábado, 4 de octubre de 1919